

LA REPUBLICA
6 de octubre 1988

16—LA REPUBLICA. Jueves 6 de octubre de 1988

EDITORIAL

Que no haya retroceso

No se pueden proyectar al futuro las consecuencias políticas del discurso pronunciado por el Canciller Lic. Rodrigo Madrigal Nieto en la Asamblea General de las Naciones Unidas, pero al advertir sin tapujos que en Nicaragua los sandinistas han aumentado la represión y retrocedido en la ejecución de los compromisos de paz, añadiendo que es evidente la falta de voluntad para solucionar la situación, ha revalidado la confianza internacional en la posición rectilínea de Costa Rica en torno a la pacificación ístmica, y ahuyentado las sospechas de que podría estarse dando, en nuestra política exterior, un trastabilleo equívoco y complaciente con la prestidigitación maquiavélica del régimen sandinista.

Aunque las afirmaciones del Canciller son consecuentes con la posición del Presidente Oscar Arias, y además coincidentes con la declaración presidencial ofrecida con ocasión de la visita al país del grupo de esposas de los presos políticos de Nandaime —en lo que atañe al retroceso nicaragüense en el cumplimiento de los acuerdos de Esquipulas II—, tienen la virtud de mostrar al mundo entero una mayor coherencia en cuanto a la verdadera dinámica del meticuloso laboreo costarricense en procura de una Centro América capaz de madurar, rectificar rumbos, deshacer injusticias, buscar su propia identidad y asumir conductas democráticas congruentes, para reconciliarse primero en sus diversas porciones individuales, y ensamblarse después en una resurrección geopolítica que la lance en paz, unidad y armonía, por los caminos del desarrollo y un futuro de esperanza y de grandeza.

Ahora bien, no fue la posición del Canciller ante la ONU, la de un demagogo en uso de especial dialéctica para enrostrar a la Nicaragua sandinista todas las culpas del caos centroamericano, convirtiendo el macrocosmos ístmico en la tierra de un solo pecador desequilibrando santos, sino que su crítica abarcó en totalidad y sin excepciones a los actores del drama: "En mayor o menor grado, ninguno de los Estados firmantes ha cumplido literalmente con la totalidad del pacto". Algo más concreto aún: "Ha faltado genuina voluntad política en varios de los países, y aun-

que podemos registrar progresos en algunos campos, no se han cumplido los compromisos fundamentales que conducen a la democracia, a la reconciliación nacional y a la protección sacrosanta de los derechos humanos y al no uso de los territorios como santuarios militares".

Con esta amplitud, con esta sinceridad y con esta autocrítica objetiva, que no pueden conducir a los alegatos confusos ni a "telenovelas" diplomáticas afincadas en la distorsión y la interpretación caprichosa de los hechos, resulta chocante el griterío que ha montado Alejandro Serrano Caldera, Embajador de Nicaragua en las Naciones Unidas, calificando el discurso de Madrigal Nieto como "injusto, parcial y unilateral", y agregando que "la acusación no coincide con el espíritu que debe privar en un momento en que se debe revitalizar el diálogo, ni con los dichos y los hechos de Esquipulas II, en los que no se advierte que se trata de un proceso para enjuiciar a Nicaragua".

La censura a Nicaragua cabe, pues, sin debilidades, cuando la represión se ha desbordado de nuevo, cuando mucha palabra empeñada queda en letra muerta, cuando la guerra interna comienza otra vez a ensangrentar campiñas y poblados, se atenta contra la vida de los periodistas y las libertades esenciales del hombre vuelven a conculcarse. Lo que Costa Rica comienza a hacer ahora es la denuncia de los incumplimientos de la que no intenta salvarse ni ella misma, y el señalar al mundo que la "verdad" pregonada por el sandinismo, no es otra cosa que una mascarada o, cuando mucho, una verdad a medias.

Después del discurso del Canciller en la ONU, debemos adquirir conciencia de que con Nicaragua, con Honduras —que ahora pretende escamotear el cuerpo al problema de la "contra" que ella misma alentó—, y con quien quiera que sea, los costarricenses debemos dejar de ser complacientes, medrosos y contemporizadores, para alentar los procesos de paz, fustigando la hipocresía y la política internacional de dobleces, basados en la denuncia y crítica permanente.

LR-6-10-88